

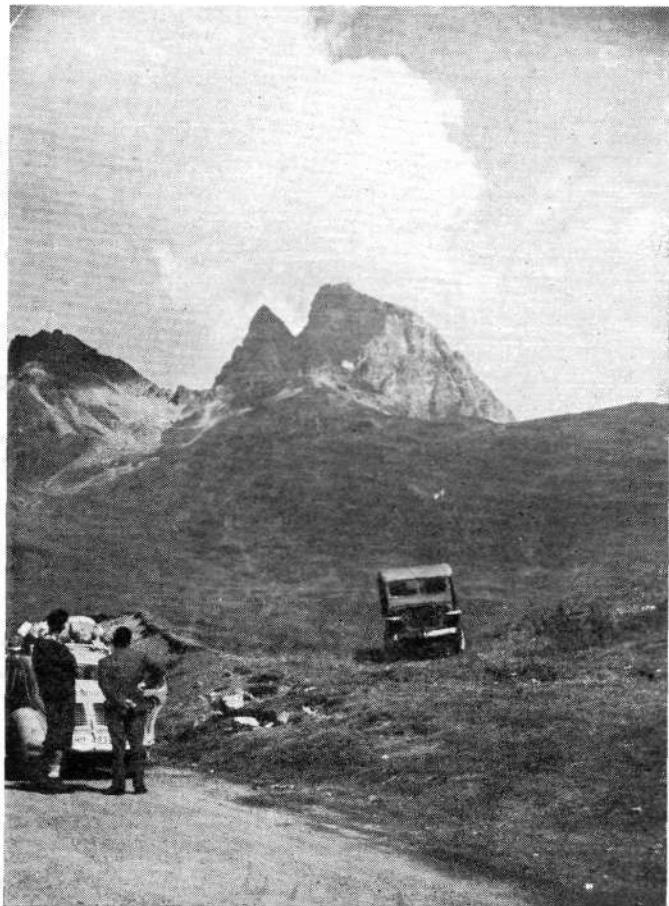
*Pic du Midi d'Ossau
desde el puerto de
Portalet.*

(Foto J. San Martín)

G. A. M.

En el Midi
d'Ossau

POR DANIEL
BIDAURRETA



En la divisoria de España y Francia sobre el circo donde termina Canal Roya contemplaba a los amigos Rosen y Villar remontar la dura pendiente, ambos con unas mochilas que sobrepasaban un palmo sus cabezas. ¡Diablo de chicos! Enfrente quedaba el Anayed grandioso y tristón en aquel día incierto de Mayo, y a nuestros pies Canal Roya que se ofrecía desolado y terriblemente vacío sin un árbol ni una oveja, ni un solo signo de vida.

Iniciamos la bajada hacia el valle de Aven contentos de terminar con aquella interminable subida. Pisábamos con gusto los prados esmaltados por multitud de lirios y gencianas arrulladas por las corrientes del deshielo. Al Este, como un telón, las cimas cercanas del circo de Piedrafita orladas de nieve. Verdad es que a finales de Mayo el Pirineo suele estar en su mejor momento. En invierno las montañas son demasiado puras e irreales bajo el uniforme manto de la nieve; pero en Mayo alterna graciosamente con la roca de las cumbres.

Sin embargo enfrente nuestra, completando este panorama de gran sabor alpino y como contrapunto a un cuadro risueño e ideal, el Midi d'Ossau, con su mole vertical y negruzca emarcada en unas nieblas que lamían sus paredones oscuros.

Hacia esta montaña singular y fiera encaminábamos nuestros pasos. Queríamos subir a la aguja Jean Santé por el camino más gallardo que existe, por la mitad de la muralla de Pombie que queda frente al refugio: por la vía Jolly.

Esta vía Jolly es la primera entre las grandes abiertas en este macizo a partir de la postguerra, y es llamada así porque fue abierta por los escaladores Marc y Jean Arnauton, Paul Limarques y Marcel Jolly. Es una ascensión bella y dura, con pocas clavijas a meter y pocas presas que utilizar, resultando unas largas semilibres muy voladas y fuertes.

Cuando llegamos a Pombie con las últimas luces, Rosen y Villar transformaron rápidamente el refugio en un «supermercado» bien abastecido con montones de paquetes de galletas, salchichones y latas de callos a la madrileña; ellos tenían intención de quedarse algunos días, aunque podrían haber continuado la estancia hasta finales del verano. Al día siguiente con las herramientas que la labor requería salimos hacia la pared con ropa de vivac por si acaso teníamos el antojo de ver la puesta del sol en alguna repisita.

La ascensión empieza encaramados en un gran pedrusco que se asienta en la Gran Pedrera. Se trepa unos metros y se flanquea enseguida a la izquierda. Viéndole subir a Julio de primero parece que la cosa no tiene malicia en absoluto pero cuando voy de último con la mochila empiezo a sospechar cada vez con más insistencia que se está rifando un pérdulo de doce metros y que tengo casi todos los números. Con este pensamiento que me molesta aun más que la mochila, consigo llegar a la plataforma donde me aguardan los otros y eludo por fin «el premio»; pero desgraciadamente mi estómago a estas horas suele ser reacto a la gimnasia sueca, y el desayuno ingerido en el supermercado va a caer a la gran Pedrera después de un salto en el vacío de treinta metros. Menos mal que para hacer más llevadero el trance Rosen me dice que procure no salticar.

Los largos venideros resultan más suaves y llega un momento en que la ascensión toma una cadencia acompasada que nos hace progresar con rapidez. Hay momentos de intenso deleite; incluso se me pasa el mal sabor de boca. Ya no miramos con envidia el suelo de la Gran Pedrera. Palas, Balaitous, Las Frondiellas... nos observan. Estamos maravillosamente solos en aquel mundo insólito.

Llegamos a la base de la Chimenea Gris donde están las claves principales de la vía. Echando la vista hacia arriba el terreno se ofrece de aspecto general bien, de fisuras bien, de extraplomos muy bien. Pero antes nos ofrece gentilmente una tregua y en la cómoda repisa de su base podemos tumbarnos y probar alguna cosa. El refugio se ve pequeñito a la orilla del ibón que parece desde este nido de chobas un charco. La víspera, casi de noche, Rosen se sintió de repente un joven espartano y se zambulló en sus aguas que estaban rodeadas de nieve.

Nos sentimos de buen humor y hemos olvidado los malos momentos del principio. La ascensión continúa otra vez siguiendo la misma línea de largos atléticos y libres. En algunos sitios el camino no está claro. Por aquí debió ser el accidente que costó la vida a Ignasi Capeta que sufrió una caída y las cuerdas de cáñamo se partieron contra algún filo de granito.

Cuando las cosas no están claras abrimos la guía y tratamos de aclararlas. Rosen es «el traductor» en estas ocasiones y escuchamos su veredicto de oráculo

con respetuoso silencio. Y al efecto, con una mano en una presa y una bota sobre mi hombro, se pronuncia al fin con perfecto acento de Vitoria:

—«S'elevator an dessus de la dalle».

—Eso quiere decir que hay que tirar «pa» la derecha.

Por fin llegamos al Circo Gris, donde las dificultades gordas terminan. Aquí ya es posible desencordarse, tumbarse sin ningún cuidado y sacar algo de comida que desaparece veozmente.

¡¡¡Esto es América!!!

Pero no, no es América. Resulta que el tiempo se ha puesto pero que muy feo, y no hay más remedio que salir por pies para alcanzar cuanto antes la arista del Pentágono que lleva hasta la Jean Santé; sabemos que alguna cordada tuvo que vivaquear y como somos algo reumáticos preferimos dormir calentitos en el refugio. Cada uno tiene sus manías.

Enfrente nos quedaban los paredones desteñidos que llegan al Riñón de Pombie, que entre jirones de niebla parecían mayores aún. Sería difícil olvidar el inesperado colorido que ofrecía la muralla; colores amarillos y ocres alternando con otros más oscuros achocolatados. Y todos difuminados por la humedad del ambiente en aquel atardecer oscuro. Era fantástico.

Pero no tenemos mucho tiempo para la contemplación y forzamos el tren. Llegamos a la Jean Santé y vemos su lápida conmemorativa: «A Jean Santé, mort ále champ d'honneur».

Empezamos a rapeles con toda celeridad porque el agua la tenemos lo que se dice en nuestras costillas, y aunque dicen que el agua no rompe costillas, las puede mojar. Pasan unos tras otros los rápeles de 40 metros y cuando estamos terminando empieza a llover con fuerza. Nos mojaremos pero no nos importa porque estamos muy contentos de la ascensión. Además en el refugio tenemos ropa seca y... comida, mucha comida.

Descendemos a zancadas por la Gran Pedrera y con las últimas luces llegamos al Refugio que está oscuro y triste, y sin embargo a nosotros nos parece que tiene sobre la puerta un rótulo luminoso que dice: Pombie Hilton.

Recorremos con la vista la gran muralla que queda enfrente. ¡Qué poco cuesta y cuántos esfuerzos para subirla! A la noche Rosen nos preparara una «ceneta» íntima a tres, cuidadosamente ambientada con velas, a base de fabada y callos a la madrileña con trocitos de tocino. Nos hubiese gustado descorchar una botella de algún Oporto escogido en la bodega pero olvidamos llevar bodega.

Al día siguiente tuve que irme por necesidades «profesionales» y con mucha pena tuve que decirles adiós a estos amigos con los que había pasado unas horas densas unidas por unas cuerdas y una cordialidad en la cara Sur del Midi d'Ossau.

Si antes las montañas desunían, qué duda cabe que a nosotros nos unen.